

# Los muertos ya no tienen deseos

Bruce Swansey

*El sueño y la vigilia, lo sublime y lo pedestre, se funden en este relato de Bruce Swansey, que logra expresar una ominosa inminencia del abismo.*

En la villa todo parece flotar. Los barandales cromados de escaleras y terrazas, las mesas transparentes, las orquídeas que abren sus monstruosos pétalos irisados suspendidas, la mesa de vidrio de la terraza y los cristales de las ventanas enormes que se confunden con la atmósfera radiante.

Una pureza cruel lo regula todo.

Las golondrinas han hecho sus nidos en la pared que prolonga el salón hasta la terraza. Desde allí se disparan y son absorbidas por la luminosidad cegadora del mediodía. Más allá, en un nivel ligeramente inferior al piso de la terraza, puede verse la cabeza de Sam que flota como si hubiera sido cercenada y la película acuática de la piscina fuera la enorme charola sobre la que ha sido colocada para deleite de una Salomé que cobra el precio de su danza. Bajo el agua clara ondula levemente la retícula de mosaicos azules, sombreados por los arbolillos cortados en formas geométricas.

“Cuando no se dejan llevar por el viento, ¡cuánto trabajo les cuesta!”.

El gorjeo subraya la armonía a orillas del Mediterráneo, cenit donde el Che Guevara aparece como langosta pelirrubia en el periódico abandonado sobre el enorme sofá de lona blanca, donde convive con el nuevo Opel Corsa ecoE por sólo nueve mil cien euros.

A lo lejos se desplaza un yate tan lentamente que su cauda de espuma pareciera estática, fragmento blanco detenido en la inmensidad azul y espejeante. Más allá una tenue línea separa el mar del cielo.

Las musas de siempre, épicas y líricas, frotan sus élitros en oleadas que oscilan entre el frenesí y el agotamiento. Basta una que comience para que las demás venzan el calor y la sigan. Llegan intactas a esta otra orilla del *mare nostrum*, frente al cual se celebraban las tragedias. Toda melancolía es puntual: exige un espacio y un tiempo precisos. Es aquí donde el silencio precede al crimen.

Y sin embargo, los jóvenes muestran su belleza indiferente. Se exhiben como si nadie los deseara. Impunes yacen echados en las tumbonas. Los cuerpos dorados que se gozan bajo el sol, el placer de saberse huesos y arena y aun sal sobre la piel besada por el sol. Delicia de no ser más que superficie.

—No podría recordarlo. Sucedió hace un año, creo. No sé.

El vuelo de las mariposas esparce colores en la luz benevolente del mediodía, plenitud serena de la luz. Nada es más silencioso que la perfección.

Desde la terraza descienden abruptos declives abrazados por el sol, contra el que se alzan las agudas aristas de las rocas y las explosiones púrpura de las buganvillas.

Las olas llegan dócilmente hasta los guijarros de la playa, donde el mundo atiende la revelación del mediodía. Pero en la villa, dentro de la joven sólo hay estrépito, caos del que nada surge sino el ruido renovado, el chirrido insoportable, el horror que traspasa los oídos. Y entonces se abre el abismo al que se precipita vestida de blanco ante las miradas atónitas de quienes la rodean. Golpea con los puños los troncos ásperos de los sabinos, ansiando el silencio que no llega hasta que por fin, los nudillos ensangrentados, se desvanece.

El ruido la despierta. Por fin el ruido la vence. Subsiste en el sueño hecho de gritos. Del caos sólo es capaz de rescatar palabras que surgen como restos de un naufragio. El ruido la acompaña, desgajándose en voces que repiten el viento y el mar y las frondas de los aloes cuyos troncos añosos se retuercen a fuerza de filtrar gotas de agua entre la arena y las rocas. El ruido la desespera, la hiere, la penetra, la ancla en medio del ruido.

Las gaviotas han detenido su vuelo y posadas sobre el muelle orientan sus picos hacia el horizonte. Allí aguardan en silencio. Es el instante que precede al torbellino que hacia la mitad de la bahía descende en espirales cada vez más rápidas y apretadas hasta succionar el agua que asciende en otro cono, anillos líquidos y centrifugados que exhalan un aura de vapor. Súbitamente los vértices de los conos dejan de tocarse disolviéndose en la plenitud del día.



Pablo Picasso, *Paisaje mediterráneo* (detalle), 1952

En esa calma suspensa que enmudece al mundo y lo transforma en luz, la casa parece deshabitada, los muebles ligeros, liberados de toda presencia humana. Súbitamente una voz conmueve el estanque de luminosidad atemperada.

Es una voz que habla para sí misma, prendida de palabras que no entiende, esclava de significados que la evaden, víctima de una anunciación que no comprende. Las palabras abultan los labios apretados que ceden, obligándola a declarar una pureza originaria cuya fuerza atroz la violenta arrojándola fuera de sí, sometida cada momento más intensamente a un furor que la vence, voz que se alza hasta alcanzar una altura insospechada e insoportable y vibra a punto de desgarrarse, puro decir en un instante vacío como la casa parecía estarlo hasta la irrupción de esta joven consumida por la fuerza que habla a través de su voz.

Nada de sí ha quedado, ningún secreto la ata a sí misma, arde consumida por las palabras, azotada por el exceso, abrasada por el esfuerzo de no ser sino esa voz que ha extraviado el cauce cuando apenas parecía romper el cerco y abrirse a la gracia. Poseída y arrastrada, expulsada de sí, consumida por la entrega, su voz se alza hasta destrozar el cuerpo que habita.

Mamá no entiende el ruido interno. Por eso pregunta:

—¿Y nosotros?

Y repite.

—¿Qué de nosotros?

—No tolero su mirada.

Las hormigas lo infestan todo. No es posible dejar nada en la mesa porque aparecen inmediatamente pequeños puntos negros y voraces, proliferan a causa de una copa de vino o de una servilleta olvidada, cualquier rastro de comida por minúsculo que sea las llama y multiplica.

—No sé. No podría afirmarlo. Entre los borbotes de palabras rescato “odio”. Gente que debe morir.

No. No dijo eso. Su voz no se desvió ni se interrumpió. Tan rubia como el sol y con la pureza de una sacerdotisa, la joven se alza en la plenitud del mediodía.

—Cortarle los testículos atiborrándoselos en la boca. Y con su sangre escribir en la pared “me cago en tus muertos”.

Eso dice.

No hay viento que mezca las azaleas en los tiestos y la piscina ofrece el aspecto de un bloque enorme de vidrio, azul que en el azul se refleja. Éstas son las glorias del mundo que destellan un instante al borde del abismo.

Un dulce aroma de putrefacción se esparce por la playa en la que han quedado estrellas y caracoles y algunos otros desechos expulsados del mar corrompiéndose bajo el sol, calcinados por la sal, seres extraños y seductores a la vez sobre los que flota un aire de destrucción.

Los muertos ya no tienen deseos. **u**